

EL LAVATORIO DE LOS PIES ¹

(Juan, XIII, 1-17)

Supuesto el estudio del género literario del cuarto Evangelio, del estilo a veces muy semítico de Juan, y de la penetrante intuición del águila de los evangelistas, el presente artículo da un ejemplo de exégesis joánica práctica. La marcha del estudio deja ver cómo debe presentarse la exégesis a estudiantes teólogos que han de ser luego más catequistas que investigadores.

EL VERSÍCULO INTRODUCTOR (v. 1).

La fecha de la Cena

El texto de la perícopa Jn. XIII, 1-17 comprende:

- un versículo de introducción (v. 1)
- el relato del lavatorio de los pies (vv. 2-11)
- la explicación del sentido que revestía el simbólico gesto (vv. 12-17).

El versículo introductor está constituido en griego por una sola frase, solemne, grave, densa, profunda, pero algo pesada. Es quizá el período más elaborado y más griego (nótese los dos participios) del cuarto Evangelio.

¹ Doy aquí solamente la bibliografía que he utilizado principalmente:
M. J. LAGRANGE, *Evangile selon Saint Jean*, Paris, 1927.
A. LOISY, *Le quatrième Evangile*, Paris, 1903.
D. MOLAT, *L'Evangile de Saint Jean*, Paris, 1953.
H. van den BUSSCHE, *Le discours d'adieu de Jésus*, Tournai, 1959.
G. M. BEHLER, *Les paroles d'adieu du Seigneur*, Paris, 1960.

Debo mucho a estos autores, sobre todo al precioso comentario del P. Behler, pero no los cito sino en caso de extracto literal.

«Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.»

Seguramente que sería mucho más conforme al estilo de Juan, y más semita, si estuvieran yuxtapuestas las tres proposiciones de que parece componerse la frase griega²:

Era antes de la fiesta de la Pascua. Jesús sabía que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre. Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, así los amó hasta el extremo.

La primera frase del versículo nos sitúa ante el problema de la fecha de la Cena. La traducción «antes de la fiesta» es bastante vaga; me parece que «antes» (griego) traduce la expresión aramea «a vista de», «de cara a»; lo que ya es algo más preciso, pero no significa necesariamente que estaban en la víspera de la Pascua.

En XI, 55, Pascua estaba próxima. En XII, 1, nos encontramos a seis días de la Pascua. En XVIII, 28, parece que nos hallamos en la mañana del día siguiente a la Cena. Además en XIX, 14, se precisa que este día siguiente era el día de la «Preparación de la Pascua», esto es, el día en que se preparaba el cordero y la cena pascual. La fiesta empezaba al atardecer de este mismo día, el 14 de nisán (marzo-abril). Por tanto, según S. Juan, el banquete de despedida ha tenido lugar al atardecer del día 13 de nisán. Era jueves, ya que el día que siguió a la muerte de Jesús era sábado (XIX, 31). También según S. Juan, Jesús ha sido crucificado el mismo día en que los judíos iban a celebrar la cena pascual. Ha muerto en la cruz en el mismo momento en que se inmolaban en el templo los corderos que debían comerse aquella tarde, después de la puesta del sol (XIX, 14; XVIII, 28).

No hay duda de que esta coincidencia era para S. Juan eminentemente simbólica. Jesús era a sus ojos el Cordero pascual de la Nueva Alianza (XIX, 36), como también lo sería para Pablo: «Cristo, nuestra pascua, ha sido inmolado» (*I Cord.* V, 7). Pero en arameo el mismo vocablo significa simultáneamente «cordero», «siervo» e «hijo». Para S. Juan el «Hijo» de Dios es a la vez el «Cordero» pascual, y el «Siervo» de Yavé. Hay, pues, fusión de los tres sentidos de la misma palabra en la imagen del «Cordero (Siervo, Hijo)

² Para los casos en que intento reconstruir, siempre hipotéticamente, el texto arameo, que probablemente existió como base al texto griego actual, me inspiro sobre todo en Franz DELITSCH, *Hebrew New Testament*, London, 1953.

que lleva los pecados del mundo» (*Jn.* I, 29; XIX, 36; *Apoc.* V, 6, 12). El Cordero (Hijo) de Dios es inmolado como el Siervo de *Is.* LIII, con lo que resulta «cordero expiatorio» (*Lev.* XIV), pero a la vez es comido como «cordero pascual», con lo que se convierte en prenda de la redención del nuevo Israel (*Ex.* XII, 13).

Por tanto, Jesús muere en cruz un viernes, el 14 de nisán, y su última cena coincidió con el jueves, 13 de nisán. Pero cuando se leen los sinópticos la impresión es diferente; según ellos Jesús celebra su última cena el mismo día de la celebración de la Pascua, esto es, el 14 de nisán, y por tanto muere al día siguiente, esto es, el 15 de nisán, en plena fiesta (*Marc.* XIV, 12). Pero por otra parte, coincidiendo con Juan, afirman que Jesús ha sido crucificado no «en plena fiesta», sino *antes* de la fiesta de Pascua» (*Mt.* XXVI, 5; *Lc.* XXII, 1-2). Y afirman igualmente que este año la fiesta de Pascua cayó en viernes (*Mc.* XV, 42; *Jn.* XIX, 31). Indudablemente que deben seguirse estas indicaciones coincidentes de los sinópticos con S. Juan. Pero en tal caso, nos queda explicar cómo ha podido Jesús celebrar el banquete pascual un día antes que el conjunto del pueblo.

Hasta el presente no ha habido una solución que haya sido aceptada unánimemente. Se ha supuesto que la última cena no fué un banquete pascual; pero los sinópticos lo dicen con todas las palabras (*Mt.* XIV, 16; *Lc.* XXII, 15). La solución más sencilla consistiría en aceptar que Jesús y sus discípulos comieron el banquete pascual el jueves, mientras que los judíos lo celebraron el viernes, a consecuencia de una divergencia en el cómputo de la Pascua, que este año concreto dividió al pueblo. Se ha supuesto que tal divergencia era debida a una variación en la visibilidad de la primera luna del mes de nisán; los peregrinos llegados de Galilea creyeron haber visto la nueva luna un día antes que los judíos de Jerusalén. Parece ser que la literatura rabínica atestigua algún caso similar. Pero nada hay en los documentos relativamente al año que nos interesa.

Una nueva hipótesis, expuesta por la señorita Jaubert³ ha estado un poco de moda los últimos años, pero parece que los exégetas abandonan cada día más su explicación.

³ A. JAUBERT, *La date de la Cène*, París, 1957.

La tesis de la señorita A. Jaubert

La transcripción y divulgación de los textos de Qumrán ha descubierto la existencia de un calendario judío de 364 días, muy antiguo, que era seguido por la comunidad de Qumrán. Según este calendario, las mismas fechas de cada mes caen necesariamente los mismos días de la semana. Ha demostrado el P. Barthélemy⁴ que según este calendario el comienzo del año caía siempre en miércoles. Con lo cual el día 14 del mes (nisán) era necesariamente un martes. Si, pues, Jesús hubiera seguido el calendario de Qumrán, hubiera celebrado la Pascua en martes. El proceso de Jesús hubiera durado del miércoles al viernes. Este viernes, día de la muerte de Jesús, habría sido la víspera de la Pascua oficial. Con todo ello la última cena hubiera sido verdadero banquete pascual, celebrado el martes por la tarde, en la víspera de la Pascua según un calendario no oficial. Esta nueva hipótesis distribuye, por tanto, los hechos de la Pasión a lo largo de tres días. Ha sido aceptada al principio por varios exégetas⁵, pero luego han comenzado las objeciones.

Para empezar, la impresión que se saca de los evangelistas es que la cena tuvo lugar el jueves al atardecer. Aunque sea cierto que en ningún pasaje lo dicen con términos expresos, el conjunto de la tradición cristiana ha incluido los acontecimientos de la Pasión en el marco de una noche y un día. Jaubert objeta que esta tradición no es tan antigua, y cita algunos testimonios del siglo II que sitúan la Cena en el martes por la tarde. Observa que en *1 Cor.* XI, 23, «la noche en que fue entregado» no es necesariamente la noche antes de su muerte». Igualmente en *Jn.* XVIII, 28, «era el amanecer» no significa necesariamente «el amanecer siguiente», sino «la mañana del viernes». Lo que resulta ya un poco difícil. Pero, además, ¿es cierto que el calendario de Qumrán era practicado fuera de la comunidad qumránica?⁶

El P. Benoit⁷ está convencido de que los acontecimientos de la Pasión han podido darse en una sola noche con la mañana siguiente, en especial si se considera que los judíos se veían obligados a llevar el asunto con celebridad. Al fin y al cabo, Jesús tenía no pocos simpatizantes; no hubiera sido acertado prolongar la cosa desde el martes por la noche hasta el viernes a mediodía. Si la cronología tradicional parece demasiado llena por una serie de hechos muy densos, la nueva, con sus tres días, da más bien la impresión de vacía. Y por eso el P. Benoit mantiene la celebración de la cena el jueves al atardecer.

Parece, pues, que debe mantenerse que Jesús pudo anticipar, por una u otra razón, su banquete pascual de un día. Para el P. Benoit el banquete pascual de Jesús no fue sino una evocación anticipada de la Pascua oficial del día siguiente. Y para explicar la tradición de los sinópticos admite que esa tradición ha violentado los hechos para dar un carácter plenamente pascual a la cena; violencia que quedaría suficientemente explicada por el origen litúrgico del relato sinóptico, y que coincide con la verdad teológica⁸. Por tanto, Juan corrige y completa el relato sinóptico.

Pascua y Paso. La presciencia de Jesús

«A vista ya de la fiesta de Pascua, Jesús sabía que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre.»

⁴ D. BARTHÉLEMY, *Rev. Bibl.*, 1952, pp. 187-218.

⁵ E. VOGT, *Bibl.*, 1955, pp. 408-413; J. GELINEAU, *La Maison Dieu*, 43 (1955), pp. 165-167 y varias otras.

⁶ J. DELORME, *Lumière et Vie*, febrero 1957, pp. 9-41.

⁷ *Rev. Bibl.*, 1958, pp. 590-594.

⁸ *Rev. Bibl.*, l. c., p. 593.

La palabra *pascua* es la transcripción del arameo *paskha*, que corresponde al hebreo *pésakh*, traducido por S. Jerónimo en la vulgata por *phase* (*Ex.* XII, 11). Se discute la etimología del vocablo. Según el P. Couroyer⁹ «pésakh Jahweh» significaría «el golpe de Yavé», esto es, el golpe asestado a los Egipcios por el mismo Yavé en persona. Pero una etimología popular tomaba la palabra con el sentido de «paso», paso del ángel exterminador, y paso del mar Rojo (*Ex.* XII, 12-13). Por eso S. Juan alude a este sentido de «paso» de la palabra aramea *paskha* con el vocablo griego *paskhein* = sufrir, que se le asemeja por casualidad. Mientras que S. Agustín, aunque anote que pascua no es griego, admite (y luego muchos exégetas con él) que se da una coincidencia feliz entre las palabras *paskha* y el griego *paskhein* (sufrir), ya que el paso de Cristo era su «Pasión».

Para Juan la muerte de Jesús es un paso de este mundo al Padre. En el mismo orden del pensamiento, aunque en otros términos, compárese:

— XVI, 5: «ahora me voy al que me envió»;

— XVI, 10, 17: «me voy al Padre»;

— XVII, 11, 13: «yo voy a Ti».

«Pasar (irse, venir) al Padre» es una definición luminosa de la muerte; no se mira más que al término de este paso; al Padre, a la gloria junto al Padre.

Y Jesús sabía con perfecta lucidez que su hora era inminente. Había previsto esta hora ya hacía tiempo (II, 4; VII, 6, 30; VIII, 20; XII, 23). No es ninguna sorpresa ni emboscada. Era conveniente subrayar que todo lo tenía en sus manos; que conocía de antemano todo lo que le esperaba, y al pormenor (VIII, 14; X, 15c, 17bc; XVIII, 4). Cumplía libremente, y con perfecto conocimiento de causa, hasta el último ápice del programa que el Padre, según la Escritura, le había asignado (XVIII, 11; XIX, 28). «El giro majestuoso de la frase (XIII, 1) contribuye a poner de relieve la personalidad, serena y soberana, de Jesús cerniéndose muy por encima de la incomprensión y de las agitaciones angustiadas de sus discípulos, tanto como sobre las intrigas satánicas de los judíos»¹⁰.

⁹ B. COUROYER, *Rev. Bibl.*, 1955, p. 49.

¹⁰ H. van den BUSSCHE, *o. c.*, p. 31.

Amor hasta el extremo

«Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, (así) los amó hasta el extremo.»

«Así» no está en el griego; el griego dice: «Como hubiese amado... los amó...» Pero la adición ayuda a dar más exactamente el sentido de la frase¹¹. San Juan esboza la vida de Jesús, no como sucesión de acontecimientos y hechos observables, sino como una obra, un esfuerzo, una prueba de amor. Y no es simplemente la Muerte de Jesús, la que demuestra tal amor, sino que toda su vida estuvo inspirada por el mismo amor. Por eso, creo que la expresión «hasta el extremo» comporta ante todo una idea de tiempo, sobre todo en arameo (Cf. *Mt.* X, 22); pero no puede excluirse la idea de medida suprema y de perfección, sobre todo en el giro griego. Pues para Juan la muerte es la prenda más alta del amor (*XV*, 13; *I Jn.* III, 16). Y como nueva prueba de amor supremo, muy pronto Jesús hará el don de la Eucaristía, el don por excelencia, el sacramento del amor. «Es el *colmo* del amor al *fin* de la existencia»¹².

«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo.» «Los suyos» son los que le han aceptado (*I*, 11-12), los que escuchan su palabra (*X*, 3-4) y le pertenecen a título de amigos (*XV*, 14-15), y los que cumplen la voluntad del Padre que está en los cielos (*Mt.* XII, 50), y que ahora están representados por los Doce: «Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas...» (*Lc.* XXII, 28-30). Nótese todo el calor de la expresión «los suyos». Al añadir «que estaban en el mundo», parece como si S. Juan sugiriese la idea de que Jesús se ha ido ya. De hecho está en el umbral de la partida, ha llegado la hora, es el fin, o más exactamente el comienzo, la eternidad. Bien se podría, pues, traducir así: «Había amado a los suyos en el mundo», a los suyos, a quienes iba a dejar, y en medio del mundo hostil y lleno de odio (*XV*, 18). Pero antes de dejarles, les daría las últimas pruebas de su amor: «Les amó hasta el extremo».

VERSÍCULOS INTRODUCTORIOS AL LAVATORIO DE LOS PIES (vv. 2-3).

Comenzada la cena

El versículo introductor de que hemos hablado en los apartados

¹¹ Véase la traducción en hebreo de DELITSCH, y la de LOISY, o. c., p. 703

¹² LOISY, o. c., p. 705.

precedentes sirve de introducción a la nueva sección que abre el capítulo 13. Pero los dos versículos que siguen son la introducción solamente al lavatorio de los pies.

Nuevamente estamos ante un período largo y cargado (vv. 2-3), de construcción similar al precedente. Demos, primero, una traducción literal. A la indicación del momento, sigue una frase irregular construída con ayuda de dos participios:

«Durante la cena (variante: después de la cena), el diablo como ya hubiese puesto en el corazón de Judas, hijo de Simón, el Iscariote, que le entregase, (Jesús) sabiendo que todas las cosas se las entregó el Padre en sus manos, y que de Dios salió y a Dios volvía, levántase de la mesa...»

Son fáciles de reconocer los semitismos «poner en el corazón» y «entregar en sus manos». Las irregularidades de la frase y estos semitismos, nos permiten suponer que hay un texto arameo por debajo del griego, lo que nos permitiría traducir, más libremente:

Era durante un banquete (o: después de un banquete). Ya el diablo había inspirado a Judas Iscariote el entregarlo. El (Jesús) sabía que el Padre le había entregado todo en sus manos, y que de Dios venía y a Dios volvía. Se levanta de la mesa...

Es bastante difícil de escoger entre «durante un banquete» y «después de un banquete». Pero bien parece que el banquete prosigue, después del lavatorio de los pies (v. 26). Juan no habla de la institución de la Eucaristía; los sinópticos callan el lavatorio de pies. Pero el anuncio de la Pasión y la despedida al traidor, que siguen al lavatorio de los pies en el cuarto evangelio, están señalados por los sinópticos antes de la institución eucarística, la cual se realiza a lo largo de la cena (*Mc. XIV, 22; Mt. XXVI, 26*). Parece, pues, que el lavatorio de pies se realizó *en el curso* de la cena, y *no al final*. Además, sea cual sea la lectura original (durante, o después), la costumbre exigía lavar los pies de los huéspedes *antes* del banquete (*Lc. VII, 44*). Por tanto, el gesto de Jesús es en todo caso insólito. No es cuestión de cumplir una formalidad de cortesía, y menos aún, un rito de purificación; se trata de un gesto simbólico, de un maravilloso ejemplo de humildad.

El diablo instigador de la traición

«Ya el diablo había inspirado a Judas Iscariote el entregarlo.»

La traducción dada es bastante libre, pero da con mayor nitidez el sentido de la frase. La traducción literal del texto griego podría prestar a confusión: «El diablo había puesto en el corazón que Judas Iscariote le entregaría...». Se podría, efectivamente, creer que se trata del corazón del diablo, lo que estaría totalmente fuera de lugar. Nunca se habla en la Biblia del corazón del diablo, ni sería acertado decir que el diablo pone intenciones en su propio corazón¹³.

Para este momento, la traición estaba decidida y convenida (*Lc.* XXII, 3-6). En el pensamiento de Juan, Judas nunca ha sido enteramente de Jesús. Bien sabía Jesús «desde el principio» (*VI*, 64) lo que podía esperar de cada uno: a Simón le llama Pedro desde el primer encuentro (*I*, 42); Judas es considerado como traidor desde el momento en que sigue a Jesús (*VI*, 70-71). Pero el principal instigador de la traición y condenación de Jesús es el diablo. La hora de la glorificación es al mismo tiempo la hora de las mayores tinieblas (*Lc.* XXII, 53b). Satanás es homicida desde el principio (*Jn.* VIII, 44). Después de haber tentado a Cristo de diversas maneras en el desierto, ha vuelto a la hora señalada (*Lc.* IV, 13). La Pasión es como un drama en el que interviene todo el mundo invisible de las potestades diabólicas (*Jn.* XII, 31; XIII, 27; XVI, 11).

Los semitas gustan de antítesis, de antagonismos dramáticos. San Juan opone aquí a Cristo y al diablo, las tinieblas y la luz, la traición y el amor. En el preciso momento en que Jesús se dispone a lavar los pies de sus discípulos, Judas concibe el plan de traicionarle la noche misma. El traidor se endurece y medita su crimen, pero Jesús no le rehusa el más humilde de los servicios: «Los amó hasta el extremo».

Con plena conciencia de lo que es

«Sabiendo que el Padre le había entregado todo en sus manos, y que de Dios venía y a Dios volvía.»

El texto griego dice literalmente que «Jesús se alza de la mesa sabiendo que...». «Precisamente *porque* Jesús tiene conciencia de

¹³ Loisy, o. c., p. 707.

su poder, dice Lagrange¹⁴, quiere ejercerlo como un servicio; precisamente *porque* viene de Dios y a Dios vuelve, quiere mostrarse siervo una vez más, y con mayor humildad que nunca». Pero tengo la impresión de que se fuerza el texto cuando se interpreta el «sabiendo», como «*porque* sabía». Probablemente el participio subordina un pensamiento originalmente de forma paratáctica. «Jesús sabía, dice Juan, que el Padre había puesto todo en sus manos, y que de Dios venía y a Dios volvía.» Se levanta de la mesa, por tanto, con plena conciencia de su misión divina, de su origen eterno, y de su ya cercana vuelta. Parece que Juan nos dice: No olvidemos *quién* es ese Jesús que se alza de la mesa para lavar los pies a sus discípulos.

Pero notemos de paso que el evangelista no alude directamente a la *naturaleza* divina de Jesús (lo que sería categoría griega), sino a su *poder* divino (pensamiento semita, más dinámico, más dramático). La expresión «poner en manos de alguien» es una locución semítica en la que «la mano» significa precisamente el poder. En XVII, 2 la fórmula «entregar en las manos» ha sido reemplazada incluso por la fórmula perfectamente griega «le has dado *poder* sobre toda carne» (aunque «sobre toda carne» es semitismo). El Padre ha entregado a Jesús toda la obra de la salvación; Jesús ha sido investido por el Padre con plenos poderes en todo lo que mira a la salvación de los hombres: «El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en sus manos. Quien cree en el Hijo, tiene la vida eterna, mas el que niega su fe al Hijo no gozará la vida» (III, 35-36).

Este poder lo posee Jesús hombre porque había salido del Padre. Y Jesús sabía con entera claridad que había llegado la hora de volver al Padre. Está a punto de volver a la gloria que tenía junto al Padre antes de que el mundo fuese (XVII, 1, 5). Y en esta plena, serena y luminosa conciencia de su poder, su origen y el término de su misión, Jesús se humilla y se prepara para lavar los pies de sus discípulos, incluso los pies del traidor.

Se trata, pues, creo yo, de una reflexión del evangelista, más que de Jesús. No se humilla Jesús *porque* es tal alto, o *aunque* sea tan alto. Es el evangelista el que subraya la dignidad del que se abaja, su amor (v. 1) y su humildad, que no rehusan el más bajo servicio ni siquiera al traidor, cobarde, incrédulo y endurecido: «Les amó hasta el extremo... Ya el diablo había inspirado a Judas el entregarle... Sabía que el Padre había puesto todo en sus manos,

¹⁴ LAGRANGE, o. c., p. 351.

y que de Dios venía y a Dios volvía... Se alza de la mesa..., echa agua en un barreño y comienza a lavar los pies de sus discípulos...».

EL LAVATORIO DE LOS PIES (vv. 4-5).

Después de la seriedad de los versículos introductorios (vv. 1-3) el relato adopta un tinte claramente más aligerado:

«Levántase de la cena, deja sus vestidos, y tomando un lienzo, ciñóse con él. Luego echa agua en un barreño, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y enjugarlos con el lienzo con que estaba ceñido.»

En *Lc.* XXII, 24-30, el anuncio de la traición (*Jn.* XIII, 21-30) precede a la disputa de los discípulos por saber quién de ellos podía ser considerado mayor de todos. Es opinión general que Lucas ha arreglado libremente la sucesión de los acontecimientos en su relato de la Cena. Es posible que la disputa haya precedido en realidad al anuncio de la traición, y que el lavatorio, que en el cuarto evangelio está antes del anuncio, deba ser colocado inmediatamente después de la disputa. Se ha sugerido también que quizá la simple distribución de los puestos en el banquete pudo dar origen a la disputa, y que ésta se prosiguió durante el comienzo del banquete. No era la primera vez que la disputa surgía entre los apóstoles (Cf. *Mc.* IX, 33-37 y paralelos; *Mc.* X, 42-44 y paralelos). Jesús les dijo entonces (*Mc.* IX, 35): «Si alguno quiere ser el primero, ha de ser el último de todos y criado de todos». En *Lc.* XXII, 27 la disputa termina con un «logion», del que el lavatorio de los pies parece ser la realización concreta: «¿Quién es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es verdad que el que está sentado a la mesa? Mas yo en medio de vosotros estoy como quien sirve».

En suma, Jesús se levanta de la mesa para proceder al humilde servicio del lavatorio de los pies. Era servicio que incumbía a los esclavos. Según los escritos rabínicos, los esclavos de raza judía no estaban obligados a prestar este servicio, reservado a los esclavos paganos. «Fueron los servidores de David donde Abigail, a Karmel, y hablaron con ella diciendo: David nos ha enviado para tomarte por su esposa. Entonces ella se levantó, prosternóse rostro en tierra y dijo: He aquí a tu sierva, dispuesta a ser la esclava que lave los pies de los servidores de mi señor» (*I Sam.* XXV, 40-41).

Jesús se despoja de sus vestidos. Así adopta la postura del siervo. La palabra está en plural: «vestidos». El vestido de la gente del pueblo no constaba más que de dos piezas principales, la túnica y el manto. ¿Quiere decir Juan que Jesús se quitó incluso la túnica? Orígenes lo supone así, y dice que Jesús tomó el lienzo para no quedar desnudo. Me parece que eso es tomar el plural demasiado a la letra, y rebuscar excesivamente el simbolismo. Puede referirse, además del manto, a una faja ancha o a lo que cubriese su cabeza. Queda Jesús con la túnica, y la remanga con ayuda del lienzo con que se ciñe. Seguramente se trata de algo así como una toalla, lo que era señal distintiva de los esclavos.

Vierte luego agua en un barreño. Nótese cómo los gestos de Jesús se describen rápidamente, pero con precisión. El empleo frecuente del tiempo presente (se levanta, deja, vierte) parecen traducir la impresión inolvidable del testigo ocular.

«Y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secar(los) con el lienzo de que estaba ceñido.» Para ello Jesús hubo de ponerse de rodillas, y avanzar lentamente, siempre sobre sus rodillas, de uno a otro de los discípulos, arrastrando el barreño, que sería un recipiente, poco profundo y totalmente abierto, de arcilla cocida. La escena nos hace pensar espontáneamente en *Filp.* II, 7: «Se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo». Este comportamiento hubo de trastornar a los apóstoles; es fácil adivinar su silencioso estupor. Simón Pedro va a romper este silencio abrumador.

EL DIÁLOGO ENTRE JESÚS Y PEDRO (vv. 6-10a).

«Llega, pues, a Simón Pedro. Y dícele éste: Señor, ¿Tú a mí lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo entenderás después. Pedro le dice: No lavarás mis pies nunca jamás. Respondióle Jesús: Si no te lavo, no tienes parte conmigo. Dícele Simón Pedro: Señor, no los pies solamente, sino también las manos y la cabeza. Dícele Jesús: El que se ha bañado, no necesita lavarse sino los pies; antes bien, está limpio todo.»

Es opinión general que Jesús comenzó el lavatorio de los pies por Pedro. El texto no lo dice expresamente. Según Loisy, Lagrange, y muchos otros, el «pues» del v. 6 indicaría que entonces comenzó la ejecución. Se me hace raro que se pueda dar tanta im-

portancia a una partícula que quizá no traduce más que un simple «y» paratáxico. Incluso, si traducimos en el v. 5 «comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con el lienzo», y luego en el v. 6 «llega, pues, a Simón Pedro», me parece que hay mucho fundamento para preguntarse si realmente fue Pedro el primero a quien Jesús lavó los pies.

Las razones de conveniencia que a veces se alegan, resultan ciertamente menos decisivas aún. La primacía de Pedro no obligaba a Jesús a comenzar por él el lavatorio de los pies. Y ¿es tan fácil comprender las vehementes protestas de Pedro, de haberse hallado súbitamente y el primero de todos frente al gesto que él considera como inversión de funciones: Señor, ¿tú a mí lavar los pies?

Orígenes supone que el primero fue Judas, porque era el más impuro, y Pedro el último, por ser el más puro de todos. Estalló a causa de su temperamento espontáneo, aunque muchos de sus compañeros se hubieran callado antes que él. San Juan Crisóstomo cree que Jesús comenzó por Judas, pero que Pedro fue el segundo. Todas estas suposiciones son enteramente gratuitas, y muy hipotéticas. Más vale decir que no sabemos por quién comenzó, pero suponemos en todo caso que Pedro no fue el primero.

La protesta de Pedro es enérgica; el contraste de «Señor, tú a mí...» fortísimo. En griego el verbo está en presente: ¿tú me lavas? Es un presente bastante raro, que se llama presente conativo. Lo encontramos igualmente en *Jn.* X, 32: «Muchas obras buenas hice... ¿por cuál de estas obras me apedreáis (= me queréis apedrear)? Y en el v. siguiente: «No te apedreamos (= te queremos apedrear) por ninguna obra buena...». Las formas conativas son muy semíticas, pero también son griegas. El arameo supone más bien: «Señor, ¿tú lavar mis pies? Todo el peso cae sobre la dignidad del amo o señor y el humilde servicio de lavar los pies; esto es, más sobre «tú» y «lavar», que sobre «tú» y «me» (que es la insistencia del texto griego).

La respuesta de Jesús (v. 7) a la enérgica protesta de Pedro, es, según unos, muy sencilla, y según otros, muy misteriosa, profunda y simbólica. Está introducida por el «Y Jesús respondió y dijo»; nuevamente una fórmula semítica más bien, y que indica la gravedad e importancia de la respuesta. Lo que, no obstante, no excluye que el sentido de la respuesta sea sencillo y claro. Todo depende del valor que se dé a la palabra «después»: «Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, más lo entenderás *después*». ¿Significa

«luego», «inmediatamente», cuando te lo explique (en los vv. 12-17)? Según Lagrange¹⁵ «Jesús pretende que Pedro le deje continuar y le hace esperar la explicación que va a dar enseguida, en el v. 12 y siguientes».

Pero el término «después» puede también significar «luego», «posteriormente», e incluso «más tarde». Al fin y al cabo, que Jesús da aquí un ejemplo maravilloso de humildad y abatimiento, está demasiado patente para Pedro, sin necesidad de la explicación que va a seguir inmediatamente. Mientras que tal explicación no suprimirá la incomprensión de Pedro ante el abajamiento de Cristo, como atestigua su protesta. Pedro está prisionero de la concepción mesiánica de su época. No admite que el Mesías pueda rebajarse a un servicio de esclavo. Pero comprenderá posteriormente, y sin tardar mucho, la necesidad que incumbe a Cristo, y a todo cristiano, de tomar la forma de siervo. Solo después de la resurrección comprenderá Pedro en qué medida debía humillarse el Mesías: «El cual, subsistiendo en la forma de Dios... se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo... se abatió, hecho obediente hasta la muerte de cruz» (*Filip. II, 6-8*).

Pero volvamos al texto. Jesús ha respondido a la protesta de Pedro que comprenderá mejor «posteriormente». Pero Pedro no se rinde tan fácilmente. Experimenta una repugnancia extrema en verse objeto de tan humilde servicio por parte del Maestro. «No, no lavarás mis pies nunca jamás.» La nueva protesta solo es materialmente una desobediencia. La resistencia de Pedro procede de muy nobles sentimientos: el soberano respeto para con Jesús le impide dejarse lavar los pies por El.

Pero esta vez la protesta se parece a la que Pedro hizo en Cesarea de Filipo, cuando Jesús predijo por primera vez su Pasión: «¡No lo consienta Dios! Señor, de ningún modo te acaecerá tal cosa» (*Mt. XVI, 22*). En ambos casos la actitud del alma de Pedro parece idéntica. Pedro se opone rotundamente a las humillaciones y abatimiento de Jesús. Ese rehusar, si es que lo hay, rebasa con mucho el acto del lavatorio de los pies. Por eso, resulta claro que el gesto de Jesús no es simplemente una invitación a los servicios más humildes y nada más... Ciertamente queda explicado en los vv. 12-17 únicamente como ejemplo de humildad y caridad, y que Jesús no presenta expresamente su gesto como anuncio de las humilla-

¹⁵ LAGRANGE, ó. c., p. 352.

ciones que le esperaban. Pero esto no impide que muestre de antemano y con viveza hasta qué punto de humillación está dispuesto a llegar. Prepara a sus discípulos para que comprendan que ha llegado la hora de pasar por los abatimientos más profundos, por la muerte más ignominiosa, que es la de la cruz, «escándalo para los judíos, locura para los paganos» (*I Cor.* I, 23). Pedro prevé algo de esto... y no lo admite. Descarta del Mesías toda humillación, todo sufrimiento...

Ante tal actitud de Pedro, Jesús se mostró duro y severo en Cesarea de Filipo: «Vete de ahí, quítateme de delante, Satanás. Eres para mí piedra de escándalo...» (*Mt.* XVI, 23). «Muchos andan por ahí, escribía San Pablo a los Filipenses (III, 18-19)... que se conducen como enemigos de la cruz de Cristo; cuyo paradero es perdición.» Lo mismo va a decir Jesús a Pedro, pero esta vez, con dulzura: «Si no te lavo los pies, no tienes parte conmigo».

«No tener parte con alguien» es un semitismo que significa «quedar excluido de su amistad, de su partido, de su suerte». Pedro no tendrá parte en el Reino, sino dejándose lavar los pies por Jesús. Se excluiría a sí mismo de toda participación en la obra y gloria de Jesús. Y esto ¿solo porque no se deja lavar los pies? Es claro que tampoco se trata aquí del simple rehusar el dejarse lavar los pies, algo muy material, un caso de obediencia en materia levísima. No es obediencia lo que le falta. La respuesta que sigue bien lo prueba: «hasta las manos y la cabeza». No. Se trata, una vez más, de que Pedro acepte que el Mesías debe humillarse y rebajarse; que acepte un Mesías doliente y siervo. El que Jesús baje tan abajo, le saca de sí mismo: «Nunca jamás me lavarás los pies». Esta es su falta, y falta grave: «Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo». Y lo que vale para Pedro, vale para todo cristiano: nadie tendrá parte en el Reino, sino con la condición de aceptar los abatimientos, el escándalo y la locura de la cruz.

«Y dícele Simón Pedro: Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza.» La réplica de Pedro a la grave amenaza de Jesús está en conformidad con su carácter. «Está turbado a la vez por el amor y por el temor, y teme más perder a Cristo que verle humillarse hasta lavarle los pies» (S. Agustín). Pero, con la precipitación que le es propia, se pasa al extremo opuesto. Continúa sin comprender de qué se trata; pero tiene miedo de estar separado de Jesús, y de perder su puesto de gran visir en el Reino. ¿Con lo cercana que está la fundación del Reino! «Si (pues), en el Rei-

no, la distribución de puestos será adjudicada en función de la limpieza, Pedro no quiere ser menos que cualquiera: ¡que se lave todo lo que está expuesto a suciedad!»¹⁶. «Señor, no sólo los pies, sino las manos y la cabeza.»

Pedro continúa, por tanto, equivocado sobre el verdadero sentido de lo que quiere decir el Señor. Continúa sin ver, tomando las cosas al pie de la letra, en sentido material, como si Jesús quisiera inaugurar un nuevo rito de purificación que todos deberán aceptar, como un sacramento necesario para la salvación eterna.

Por eso Jesús insiste de nuevo en que no se trata de una ablución material. «El que se ha bañado no necesita lavarse sino los pies; antes bien, está todo limpio.» Era costumbre bañarse antes de ponerse a la mesa para el banquete pascual. Lo habían hecho también los apóstoles; están, pues, purificados, están limpios. No necesitan abluciones suplementarias.

Con lo cual —podemos suponerlo, aunque el texto no lo diga— Jesús se puso a lavar los pies de Pedro. Pedro se ha rendido, aunque, al parecer, sin entender exactamente de qué se trataba. Pero bastaba que se rindiese; ya comprenderá más tarde, y cada día mejor. Sería testigo de los más atroces abatimientos de Cristo, dentro de unas horas.

ALUSIÓN AL TRAJIDOR (VV. 10b-11).

«Y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Pues conocía al que le entregaba; por eso dijo: «No todos estáis limpios».

El griego permite dudar entre la traducción «estáis *limpios*» y «estáis *puros*», ya que la misma palabra griega (*katharos*) significa la limpieza del cuerpo y la pureza del alma. Pero continuando la idea de que los apóstoles han tomado un baño, habría que traducir por «limpios». Pero Jesús, pasa, como es frecuente en el cuarto evangelio, del sentido material del vocablo al sentido moral y espiritual. En vista de lo que sigue, habría que preferir, pues, «puros»: «Vosotros sois puros, pero no todos» (aunque todos están limpios).

Pedro había comprendido —aunque equivocadamente— que para participar con Cristo en su Reino se precisaba un nuevo rito de purificación. Esa mala comprensión se ha dado a veces en la histo-

¹⁶ H. van den Bussche, o. c., p. 39.

ria de la Iglesia; lo que ha dado origen en algunas iglesias de Italia del norte y de Francia a una ceremonia de lavatorio de pies que parecería poseer eficacia cuasisacramental¹⁷. Pero no, los apóstoles no necesitan ni el lavatorio material de los pies (se han bañado; están limpios), ni una ablución que signifique la pureza interior, ya que son puros. Aún se lo repetirá en la misma tarde (XV, 3); «Vosotros estáis limpios en virtud de la palabra que os he hablado». Su palabra es vida y verdad. Gracias al contacto prolongado con Jesús están purificados. Son puros en la medida en que han creído en la palabra de Jesús.

«Aunque no todos. Pues conocía al que le entregaba; por eso dijo: No todos estáis limpios.» Evidentemente, se trata de Judas. De nuevo se nos recuerda que Jesús no ignoraba nada de lo que iba a sucederle. Jesús se sirve de una expresión velada, que el traidor ha debido comprender. Es para la conciencia del traidor una advertencia punzante. Lo repetirá varias veces aún para alegrarle de su enorme crimen. Pronto dirá, abiertamente, aunque sin nombrar al traidor: «En verdad os digo, uno de vosotros me entregará». Pero en este momento los apóstoles no sospechan absolutamente nada. Y seguramente que no entendieron nada en la restricción vaga de Jesús: «Estáis limpios, aunque no todos».

En rigor, podría ser que varios de los presentes no estuvieran limpios. Pero no; solo Judas es el que no ha creído a Jesús. Cuando Jesús había hablado (cap. VI) del pan de vida, que es la palabra purificadora de la Sabiduría divina, bajado del cielo, numerosos discípulos se retiraron. Jesús dijo a los Doce: «¿Acaso también vosotros queréis marcharos?». Pedro respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabra de vida eterna». Pero Jesús respondió: «¿Por ventura, no os he elegido yo a los doce? Sin embargo, de vosotros uno es diablo». El fondo de toda la impureza de Judas está en su negativa a creer en la mesianidad de Jesús.

LA EXPLICACIÓN DEL LAVATORIO DE LOS PIES (VV. 12-17).

«Pues como les hubo lavado los pies, tomó sus vestiduras, y puesto de nuevo a la mesa les dijo: ¿Entendéis qué es lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis «el Maestro» y «el Señor», y decís bien, porque lo soy. Si, pues, os lavé los pies, Yo, el Señor y el Maestro, también vosotros debéis unos a otros lavaros

¹⁷ A. MALVY, *Le lavement des pieds*, en *Dict. Th. Cath.*, IX, col. 17-24.

los pies. Porque ejemplo os dí, para que como yo hice con vosotros, así vosotros lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: no es el siervo mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que le envió. Si esto sabéis, bienaventurados sois, si lo hicieréis.»

Después del lavatorio de los pies, Jesús deja su actitud de siervo, vuelve a tomar sus vestidos, y ocupa nuevamente su lugar en la mesa y la presidencia del banquete. Nótese el estilo rápido, pero sugestivo. «¿Comprendéis lo que he hecho?» Pregunta oratoria, que sirve para entrar en materia, pero que supone respuesta negativa. ¡Era tan inesperado aquel gesto del lavatorio de los pies, tan tremendo, tan inconcebible, tan paradójico! Han visto con sus propios ojos la inversión de funciones más revolucionaria que se pudiese pensar. Han comprendido que Jesús se ha humillado; pero a sus ojos, esto carecía de sentido y era indigno de El. Por eso Jesús sobreentiende: «No comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros». Pero precisamente a explicárselo va.

«Me llamáis Maestro y Señor» (v. 13). «Maestro» traduce el título de «Rabbi»; «Señor» el de «Mar», que el griego traduce «kyrios». Los discípulos de los rabinos se dirigían a sus maestros con el saludo «rabbi»; lo mismo hacían los apóstoles con Jesús (I, 38; III, 2; XI, 8, 28). El título «Señor» no pasa de apelación corriente. Pero para los apóstoles Jesús no es simplemente Maestro y Señor, sino *el* Maestro y *el* Señor, lo que da, sobre todo a «Señor», especial relieve y valor singular. «En lugar de declinar tales títulos excepcionales, Jesús los reivindica francamente; autoridad y humildad no son incompatibles»¹⁸.

«Si, pues, yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros» (v. 14). Es un razonamiento, un giro, típicamente semítico, en el que se refleja la ausencia de comparativos de las lenguas semíticas, un razonamiento del superior al inferior: «Si, pues, yo os he... vosotros os debéis...». Nosotros habríamos dicho: «Con cuánta mayor razón...». Lo que no era obligación para el Señor y Maestro (nótese que esta vez Señor se antepone a Maestro), pasa a ser deber estricto para los discípulos, y para todo verdadero cristiano: «Debéis lavaros los pies unos a otros». La conclusión es muy lógica, inevitable. «Y lo que importa es que la lección se aplique sobre todo a

¹⁸ G-M. BEHLER, *o. c.*, p. 40; LAGRANGE, *o. c.*, p. 355.

los superiores o jefes; ellos son los que podrían creerse dispensados de la humildad para sus inferiores»¹⁹.

Jesús ha dejado a la conciencia de sus oyentes y lectores el deducir las conclusiones prácticas. «Lavarse los pies unos a otros quiere decir: prestarse recíprocamente toda clase de servicios y favores. Ya que el lavar los pies es de los servicios humildes, las funciones de caridad menos difíciles se imponen a fortiori» (Teofilacto).

Jesús no ha querido imponer la reproducción material de su gesto. Si se toman las cosas al pie de la letra, está uno tentado de ver en el pasaje un precepto especial. Y de hecho se introdujo entre los cristianos la piadosa costumbre «de lavar los pies de los santos» (*I Tim.* V, 10), esto es, el practicar, como cristianos, este rito de la hospitalidad antigua, que por costumbre se dejaba al último de los esclavos. Pero la Iglesia no impone esta práctica a ninguno de sus fieles. Y es que recoge el gesto de Cristo como una lección, de la que hay que aprender sobre todo el espíritu. Cierto que ningún sacramento puede ostentar una recomendación más formal y más categórica, excepto quizá el sacramento de la Eucaristía: «Haced esto en memoria mía» (*Lc.* XXII, 19; *I Cor.* XI, 24). Si el lavatorio de los pies no es un sacramento de la Iglesia, es porque Ella es el único y último intérprete autorizado de la sagrada Escritura, y Ella nunca ha considerado el lavatorio de los pies como sacramento. Pero ha querido conservar el rito del lavatorio, una vez al año, en la liturgia del Jueves Santo, como un sacramental.

Además, es fácil deducir la exactitud de esta interpretación oficial de la Iglesia, examinando el v. siguiente (v. 15): «Porque ejemplo os di, para que como yo hice con vosotros, así vosotros lo hagáis». Lo que Jesús hizo es solo un ejemplo. Hay que hacer «como» El. Pero el sentido de la partícula «como» no debe exagerarse. No se trata de copiar, sino de obrar de acuerdo con el modelo, con la lección recibida, que habrá que aplicar a cada circunstancia. No se trata de un precepto de lavarse mutuamente los pies, sin hacer nada más. Sería falsearlo todo: hay que reproducir, seguir, imitar, aplicar. No faltarán ocasiones para ello. Y no es el único ejemplo de caridad y humildad que Jesús nos haya dado. Ha llevado su amor hasta el abatimiento más profundo e imaginable; hasta el escándalo y la locura de la cruz. Esta misma tarde

¹⁹ LAGRANGE, o. c., p. 356.

de la Cena Jesús volverá sobre el tema: «Amaos los unos a los otros como (el mismo «como») yo os he amado» (XIII, 34 y el pasaje paralelo XV, 12).

Por tanto hay que seguir a Cristo hasta el fin, como El mismo llegó hasta el extremo en su amor, hasta la muerte ignominiosa de los no romanos y esclavos. Dentro de la línea de pensamiento del versículo introductor de nuestro capítulo, vuelve aquí (v. 16) el «logion» que se encuentra igualmente en los sinópticos (*Mt.* X, 24; *Lc.* VI, 40), y nuevamente en el cuarto evangelio (XV, 20-21) en otro contexto algo diferente. En este último caso se trata de las persecuciones que padece Cristo (compárese con *Mt.* X, 24): el siervo, por ser inferior al amo, no puede esperar ser tratado mejor que su dueño. En *Lc.* el «logion» está menos centrado en el contexto actual. Todo nos hace pensar que aquí (*Jn.* XIII, 16) es cuestión de una aplicación secundaria del mismo «logion». Lo que resulta difícil es aclarar si esa aplicación secundaria es debida a una libertad literaria del evangelista, o si hay que atribuirla al mismo Señor. No es cosa de gran importancia. Si el «logion» se aplica perfectamente a las persecuciones que padece el Maestro y que deberán soportar los discípulos de parte de sus enemigos, también se aplica a las humillaciones por amor y a los abatimientos que el Maestro ha querido imponerse y que se impondrán los discípulos para con sus hermanos, a ejemplo del Maestro.

La aplicación del «logion» va precedida solemnemente por el doble «amen, amen» (= en verdad, en verdad). Esta reduplicación del «amen» es propia de San Juan. Para San Juan, Cristo es la Verdad (XIV, 6), es el «amen» absoluto (*Apoc.* 14), la verdadera veracidad. El es el que dice que no hay siervo mayor que su señor, ni enviado mayor que el que le envía. Haced, pues, como yo he hecho. Esto es, que no basta simplemente aceptar las humillaciones que se presenten, sino que hay que buscar el humillarse. Ya se ve que la aplicación es bastante «nueva», pero no por ello resulta menos sugestiva y exigente.

«Si esto sabéis, bienaventurados seréis, si lo hiciéreis» (v. 17). Juan no conoce más que dos bienaventuranzas en su evangelio; una que le es propia: «Bienaventurados los que sin haber visto han creído» (XX, 29), y ésta: «Bienaventurados los humildes». Los discípulos saben ya lo que ha hecho su Maestro: «Si esto sabéis...». Y no es poco el comprender claramente y captar toda la profundidad de la lección que acaba de darles. Nunca se agota su profun-

didad. Recordemos lo que hace poco decía Jesús a Pedro: Comprenderás más adelante, cada vez mejor... Pero en fin de cuentas —el griego lo supone; pero el matiz se pierde en la traducción— ellos han comprendido: «Si esto sabéis...» significa «ahora lo sabéis, ya que lo habéis comprendido».

Por lo demás, saber la teoría de la humildad y del servicio recíproco, no es cosa del otro mundo. Pero entre el saber y el ejecutar hay una distancia enorme. Muchos dicen, pero no hacen (*Mt.* XXIII, 3; Cf. también VII, 21; XXIV, 26). Pero no se saca fruto del saber y de las teorías, sino al ponerlas en práctica: «Si sabéis esto, bienaventurados seréis si lo practicáis».

Dom Francisco GERRITZEN, O.S.B.

Instituto Pontificio Jesus Magister

R o m a